

Cultura a la contra

De bares y cafés

En la noche asesinada de un Madrid que nos quieren hacer terrorífico y plagado de zombies, brillan algunas luces: las de los bares que nos acogen hasta la madrugada, y las de los escasísimos cafés donde podemos charlar. Yo ya sé que charlar es cosa antigua, pasada y vulgar, pero me sigue gustando; me gusta mucho más que meterme en una discoteca llena de luces y de malos sonidos, para intoxicarme con los peores alcoholes del mundo, con ginebras incendiarias y roncs de garrafa marcada con la calavera y las tibias del veneno bueno o malo. O que adorar un tocadiscos malo, rodeado de imbéciles que se pasan escasísimos porros sin decir nada.

Hay muchos bares, en este Madrid antiguo/moderno que va de Alonso Martínez a San Bernardo (glorieta). Uno de ellos es el ínclito Pláxico de estirpe fecunda, todo lleno de niños vestidos de cuero y encajes, de niños de lata colada y de diversas marcas de lejía que llaman absenta. Y más allá el punkero Pentagrama, cerca ya del comercial y de las ruinas del que un día fuera Drugstore de Fuencarral, refugio ya perdido para siempre de vagos y maleantes —o sea, de todos los que salimos de noche— que yo frecuentaba. Pero esto no debe ser una guía de calles y bares, que para eso ya está la del ocio. Debe (y puede) ser un espacio acotado, en el que pueda hablar de lo que no puedo hacer: o sea, charlar en cafés acogedores hasta que la madrugada se anuncia.

Me refería a los bares antes citados —y alguno más que no olvido, pero que tampoco pongo— porque son las últimas cuevas de resistentes en esta ciudad cribada de controles policíacos, violadores de carnet de identidad. Resisten al tedio de la televisión, al muermo del rosario en familia, al aburrimiento de los programas de radio para camioneros y taxistas —y no es que tenga nada contra estas profesiones; simplemente creo que los pobrecitos lo pasarían mejor si en la radio no les dedicasen programas tan horribles—, y al horror de las noches insomnes en la cama sin compañía. A los bares se va a ligar, maravilloso deporte, a escuchar música y a beber sueños en conserva. Y, a veces, se charla. Y, a veces, se divierte uno. Pocas veces, claro, porque divertirse es cada vez más difícil.

Antes, para los raros a quienes nos gustaba charlar, había cafés; cafés sin música, con cómodos sillones o sofás y camareros activos y silenciosos, que a veces te prestaban incluso un duro —oh, tiempos pretéritos— para el Metro. Allí, el madrileño antiguo, que era una mezcla de Ramón (Gómez de la Serna) y de Ramoncín (el punk retrechero), podía charlar y tomarse un antojo, o una palomilla, o lo que se terciase —yo no he vivido el tiempo del café con media—, con sus amigos. El café era una mezcla de oficina y de barbería, un lugar de juego y de conversación; algo parecido a lo que debía ser el ágora de Atenas, donde aquellos chiflados envueltos en sábanas hablaban de filosofía como quien habla de frutas y verduras en el mercado. Pero ni con el ágora ni el café existen ya; sólo quedan bares de metal cromado, con música "pop" y regüeldos de líquidos rojizos.

Hay, eso sí, tertulias. Una, de escritores insígnis y algo mayores, en el bar La Hemeroteca; otra en Kühper, compuesta por dos o tres personas; otra en La Aurora, donde oficia García Calvo, menos maestro que nunca. Y otra, menos conocida y maravillosa, en la librería El Pub, cuyos geniales dueños han tenido la idea de reunir, en el mismo local, librería y bar, haciendo verdad tangible y agradable las charlas de trastienda y rebótica que tanto gustaban a nuestros abuelos. Y así, entre tertulia y bar, la noche asesinada no lo es ya tanto. ■ EDUARDO HARO IBARS.

sijos de la esencia popular es perfectamente válido. No podía, por tanto, haber encontrado un mejor marco que El Gayo Vallecano, que tan necesitado está de una profunda remodelación teatral que propicie sus dificultosos fines. ■ MIGUEL A. MEDINA.

"Un día es un día"

Basada en una obra de Jairo Anibal Niño, Jorge Díaz es representado en el Centro Cultural de la Villa de Madrid por el Grupo Teatro de Ensayo de Madrid. "Un día es un día" es un juego dramático que responde perfectamente al cuño del autor chileno-español. Y es un juego porque J. Díaz gusta de jugar con el fenómeno teatral. A pesar de su decantación estética (de ser el primer dramaturgo hispanoamericano representante del Absurdo, a sus nuevos planteamientos más naturalistas, des-

muerte física y presas eternas del terror ciego; radiografías de hombres situados en la España de la posguerra (terrible tema para quienes no deseen caer en el dogma de haberse paralizado en el tiempo). Tres personajes caóticos que se remueven como topos heridos, ciegos, sin más meta que el paso de las horas en el mundo de los vivos.

Pese al persistente empeño de colocar el aspecto psicológico en un primerísimo primer plano, obviando las motivaciones reales y dejándolas como discreto telón de fondo, el tiempo y el espacio son demasiado patentes y se resisten a ser meros sujetos pacientes. La miseria moral de un estraperlista; el desconcierto ideológico de un patriota alistado en la División Azul y que se hace pasar por un héroe de guerra; la locura de un hombre que perdió a su esposa en la contienda civil y que por veces se siente coronel con mando y plaza en la cueva



"Un día es un día", por el grupo Teatro Ensayo de Madrid, en el Centro Cultural de la Villa.

vinculados de todo símbolo), J. Díaz conserva en toda su amplia dramática el gusto por manipular a sus personajes bajo la visión de una nueva y particular tragedia. El destino —siempre fruto de un todo social— como elemento definitivo en la vida de unos diminutos seres, partes degajadas de esa penosa mayoría que no cuenta.

Pero en este caso, el autor ha querido ir más allá de las puras implicaciones sociales, adentrándose —no sin poner sumo cuidado en ello— en determinantes políticas. Los tres únicos personajes de su texto pertenecen al lumpen, siempre al borde de la

donde se desarrolla la acción, no son más que pedazos de una España torturada, fruto no de meras psicologías, sino de posturas políticas.

Jorge Díaz quiere demostrar, por encima de todo, que el fenómeno político, pese a su aparente peso específico, apenas importa. La miseria humana, el grotesco sobrevivir de los desesperados, será siempre un hecho sangrante, y ni vencedores ni vencidos, sean del lado que fueren, podrán remediar un cáncer incurable en la especie humana.

Este propósito, no obstante, no pasa de ser un mero subjetivismo, respetable pero evidente-